

CAPITULO VII.

EL DOGMA DE LA CREACION Y EL NATURALISMO, CIENTÍFICO.

Existe un naturalismo espiritualista que no admite la revelacion, que consiste en negar los efectos que son superiores á la naturaleza ó se hallan fuera de ella: existe igualmente un naturalismo materialista que consiste en negar toda causa superior á la naturaleza. En la primera parte hemos refutado el primero: vamos ahora á ocuparnos en el segundo. Lo sobrenatural que debia justificarse ante el naturalismo filosófico, era el milagro bajo su triple aspecto fisico,

intelectual y moral: lo sobrenatural que debemos sacar triunfante en presencia del naturalismo, pretendidamente científico, es Dios, que no se ha llamado el primero de los milagros, por la razon sencillísima de que no se halla contenido en la naturaleza. Dè aquí que no conozca fórmula alguna más radicalmente opuesta al axioma: *nada superior, nada fuera de la naturaleza*, que el siguiente: existe un Dios *distinto y creador de la naturaleza*. Demostrar esta verdad, vale tanto como destruir completamente el naturalismo que combatimos: error múltiple y monstruoso, que admirándose únicamente del mundo sensible, sin elevarse hasta su autor, se cambia en una divinizacion universal sin Dios, y en una idolatría sin adoracion.

¿De qué manera comenzó el mundo? La verdadera ciencia no puede ignorarlo, porque la concepcion que del mundo y de su origen tiene formada, determina lógicamente sus creencias y sus deberes. «Segun sea el concepto que se tiene del mundo, así se regulan los espíritus, se forman las costumbres y se agrupan las instituciones.» Tales son los términos en que se expresa M. Littré. Diríase en vista de semejante declaracion, que la escuela positivista se ha colocado en situacion propicia para darnos cuenta

de su hexamerón: mas la verdad es que en lugar de cumplir semejante compromiso, continúa expresándose en estos términos; «Nada sabemos relativamente á la causa del universo y á la de los habitantes que contiene: cuanto se cuenta ó imagina, no pasa de ser idea, conjetura, ú manera de ver. La filosofía positivista no se ocupa ni de los comienzos del universo, dado que el universo haya tenido comienzo, ni de lo que acontece á los seres vivientes, plantas, animales, hombres, despues de su muerte, es decir, de la consumacion de los siglos, dado que haya consumacion de los siglos, puesto que cada cual es libre de pensar de todo esto lo que mejor le parezca. No existe obstáculo alguno que impidiera á nadie el que fantasee á medida de su antojo respecto de ese pasado y semejante porvenir. (1)»

En verdad que si los espíritus se regulan, y se forman las costumbres y se agrupan las instituciones, segun la concepcion que se tiene del mundo, es esta una singular manera de regular los espíritus y formar las costumbres y agrupar las instituciones. Y sin embargo no es este áun

el mayor de los crímenes del naturalismo contemporáneo, puesto que despues de haber confesado que nada sabe del pasado ni de lo porvenir del mundo, afirma contradictoriamente que todo sér sobrenatural, creador y ordenador de las cosas, no es más que mera ficcion, y que las lyees naturales, en vez de ser voluntades providenciales, son propiedades inmanentes de la naturaleza, lo que vale tanto como decir que, dado que existiese Dios, solo la naturaleza lo sería.

El materialismo aleman haciendo coro á las escuelas francesas, afirma por su parte, que no existe fuerza sin materia, ni materia sin fuerza: es decir, la eternidad de las fuerzas y de la materia, y el infinito de esta. Añádase á estas negaciones radicales la del eclectisismo que enseña con Leucipo, Epicureo, Lucrecio, Bayle y Spinoza, que de la nada, nada se produce, en términos que la creacion es imposible porque en, cierra una contradiccion absoluta (1) y se vendrá en que si el génesis verdadero se halla precedido de un caos material, el génesis del error es un caos intelectual sobre el cual no ha brillado áun la luz del sol.

«En cambio ¡cuánto tienen de luminosas y decisivas las palabras sagradas! *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* De ellas resulta que la materia no forma parte de Dios, como presumen los panteístas: que tiene su origen, que es el mismo que el del tiempo, porque el tiempo es la duración de la materia, como la eternidad es la duración de Dios: y que la materia no es tampoco la obra del caso, ó la agregación fortuita de moléculas flotantes en los abismos de la inmensidad como pretenden los materialistas. Y en efecto, ¿qué es una materia eterna sino una materia que sería Dios? ¡Y como suponer un *Dios-materia* dividido en millares de átomos, durante toda una eternidad esparcidos en espacios meramente imaginarios, reunidos un día en virtud de una fuerza desconocida por una ley de cohesión arbitraria llamada acaso! Un acaso dotado de poder bastante para lanzar á los cielos las inmensas esferas que recorren sus órbitas; de inteligencia suficiente para fijar leyes á esos mundos de luz; y para abdicar inmediatamente su imperio, hasta el punto de privarse del derecho de modificar, en virtud de una nueva combinación, el orden fortuitamente establecido; un acaso dotado del ingenio indispensable para realizar la sucesión

de los días y de las noches, de las estaciones, de los eclipses, de las mareas; para infundir la vida á todas las escalas de los seres, y asegurar su perpetuidad; para dar al hombre el alma, al bruto el instinto, á la planta la vegetación; para improvisar el orden y las leyes de los tres reinos, animal, vegetal y mineral; para establecer las rocas graníticas sobre sus inmutables asientos, y velar por la vida del sér microscópico que alienta dentro la gota de agua ¿no sería por ventura el Dios que se niega á reconocer la ciencia contemporánea, y cuyo nombre paternal dejó Moisés inscrito sobre la cuna de los mundos por medio de las palabras *Al principio creó Dios el cielo y la tierra* (1)?»

Convenimos en que para llevar á cabo esta transición de la nada al sér, fué indispensable un desenvolvimiento de potencia, superior á la inteligencia humana; ¡mas que importa que el culto de la creación sea un misterio, si es cierto? ¡Son tantas las cosas de las cuales no puede darse cuenta el espíritu humano, no obstante no quedar duda alguna respecto de su realidad!

Por ejemplo, nosotros no podemos explicarnos el cómo y el por qué de la germinacion y de la vegetacion; mas ha de ser esto motivo bastante para negar el hecho? ¿Puede el hombre sorprenderse de no comprender el nacimiento de la tierra, cuando no acierta á comprender la manera como la tierra da nacimiento á la planta y matiza la flor y comunica al fruto su sabor regalado? Es antifilosófico sobre toda ponderacion al adherirse intelectualmente á solas las evidencias, cuando físicamente vése el hombre obligado á suscribir á tantas obscuridades.

Y nótese, además, que los progresos de la ciencia no han dificultado en manera alguna la defensa del dógma de la creacion. Que el mundo haya sido formado de una materia simple, siguiendo un desenvolvimiento regular bajo la accion de ciertas fuerzas, ó que haya aparecido de improviso con todo el esplendor de una perfeccion completa que la tierra haya empezado por el estado sólido ó por el gaseoso; que los globos todos hayan brotado en un sólo mismo instante, ó que algunos hayan resultado de otros, como se dice por ejemplo, de las planetas, que se sostiene no son más que anillos desprendidos del sol en torno del cual giran; que en el ether un polvillo sideral, en estado de for-

mar incesantemente estrellas nuevas, merced á una rotacion continuada dentro de condiciones las más favorables; que por la tangente de ciertos astros, se escapen finalmente, fragmentos destinados á ser otros tantos mundos de fuego, bien así como los árboles al sacudir los gérmenes que en sus ramas se sostienen, inundan en nuevos árboles el suelo en que crecen, misterios son de la fecundacion indefinida, que nada prueban contra la necesidad de una creacion primordial: la generacion espontánea sea en los cielos, sea sobre la tierra, no puede dispensarnos de la existencia de un Creador supremo: porque abstraccion hecha de la fuerza generatriz; á qué se repuce la generacion?

Estudemos pues el dógma fundamental de la produccion de las cosas. Es este un problema cuya solucion no acertaba á distinguir el mismísimo Platon: la carencia de la nocion de un Dios creador, es lo que constituye el rasgo característico de todas las antiguas teogonías, en que por lo mismo que devinizaban el caos, no acertaban á remontarse sobre él. Por lo que á nosotros toca, el hecho de establecer que el mundo es eterno, equivale á alcanzar contra la negacion muchas victorias al par, por lo mismo que esta verdad difunde su luz vivísima so-

bre cuestiones innumerables. Con razon se ha dicho que «Empeñarse es discutir con quien no se forma una idea exacta del hexameron, ni de lo que el cristianismo entiende por creacion del mundo por Dios, sería tan difícil como querer demostrar el dógma de la Inmaculada Concepcion á quien no admitiera la divinidad de Jesu-
cristo (1).»

Precisemos debidamente desde luego la significacion de las palabras. Crear, no es manera alguna trabajar en una materia primera cualquiera: el obrero, dice Lactancio, ha menester piedras ó maderas para realizar la obra en que trabaja; no pueden hacerse por sí mismos los materiales que necesita; mas á Dios, que es el poder supremo, no puede resistirle ni la misma nada. Por esto en tanto que el hombre trabaja con lo que existe, Dios trabaja con lo que no tiene existencia (2). Por esto san Agustin resume en los siguientes términos la enseñanza de la fé: «Creemos que Dios lo ha hecho todo de la nada [3].»

1 Heusch. La Biblia y la naturaleza;

2 Lactan. Divin. Institut. lib. II,

3 De fide et signib., c. II.

Por lo que á nosotros toca, estamos completamente convencidos de que el fondo de este dógma no tiene alcance; ¡mas no equivale á esclarecerlo, dejar establecido que es inaceptable la opinion contraria? Tomemos pues la ofensiva contra el ataque, probando que si en nuestro campo reinan las sombras, en el opuesto existe la imposibilidad; que si nosotros defendemos lo inexplicable, nuestros adversarios se empeñan en lo absurdo, y el dógma resultará vencedor en esta discusion, con tal que de ella resulte justificada la fórmula de un apologista contemporáneo: la creacion es un hecho cierto, por más que sea un misterio incomprensible. Sí, este dógma es realmente la única explicacion completa del *hombre*, del *mundo* y del *deber*, y por consiguiente la única verdaderamente digna de toda razon, libertada de la fascinacion de los sistemas y de las prevenciones de una obstinada negacion.

I.

Si existe principio alguno superior á toda duda y hasta tal punto evidente que la razon no pueda dudar, sin dudar de sí misma, es el que

establece que «nada hay en el efecto que no se encuentre en gérmen en la causa». Partiendo de él, fácilmente se llega á la siguiente conclusion: en la creacion existen efectos que únicamente pueden atribuirse á un Dios creador, puesto que no pueden explicarse por otro sistema alguno; por consiguiente, hasta aquellos que consideran dicho dógma como mera hipótesis, están obligados á suscribir al mismo, toda vez que hipótesis por hipótesis, la razon no tiene el derecho de preferir las que nada explican á las que lo explican todo.

Ahora bien, yo pregunto á los espíritus imparciales: ¿basta el principio de la eternidad del mundo para explicar los fenómenos del mundo? ¿Una materia y unas fuerzas ciegas, pueden producir la inteligencia? ¿Una materia y unas fuerzas insensibles pueden producir el amor? ¿Una materia y unas fuerzas impersonales, pueden finalmente, producir la personalidad? Nó, contesta Aristóteles, porque lo perfecto no puede nacer de lo imperfecto. Por consiguiente, sobre la materia y las fuerzas, es indispensable colocar un factor que me ha comunicado lo que no contienen ni las fuerzas ni la materia, ó admitir, de lo contrario, que existen efectos sin causa, lo cual convierte en problema indescifra-

ble la explicacion de las cosas. Hé ahí la ventaja inmensa de nuestra verdad: ya que no sea completamente clara, es creible, porque su contradictoria lo es mil veces ménos.

¿Qué dicen, en efecto, relativamente á este punto, así el catecismo de la afirmacion como el de la negacion? Preciso es convenir en que despues de dos ó tres preguntas, ambos se colocan en el borde del precipicio. Mas, entre las dos conclusiones existe una diferencia radical, que consiste en que la razon se ve obligada á abrazar las obscuridades de la afirmacion, y á huir, en cambio, de las de la negacion, so pena de abdicar. Por ejemplo: si pregunto á la negacion de dónde ha surgido el mundo, me contesta que de la materia; y si añado, quién ha producido la materia, dice que la fuerza; y si insisto, con el objeto de averiguar quién ha creado la fuerza, ya no obtengo más contestacion que la del silencio. En cambio, cuando la negacion me pregunta quién ha hecho el mundo y le contesto Dios, si insiste, con el propósito de averiguar quién ha hecho á Dios, no puede jactarse de reducirme al silencio, porque, con la palabra Dios, tal cual el cristianismo la entiende, suprimo todas las dificultades, en tanto que con la palabra fuerza, solo logran suscitarse dudas: aquella es

una contestacion, esta un compás de espera; el primero es una base, el segundo un sillar establecido en el aire; en una palabra, Dios explica al hombre, en tanto que la fuerza convierte en enigma al hombre y á todo el mundo moral.

Ya pueden, pues, envainar sus armas esos metafísicos del ateísmo que se han alzado en son de guerra contra Dios, representándole como una creacion ideal del espíritu, completamente vacía de toda realidad objetiva. Para componer ana imágen de Dios. ¿De dónde habria sacado esas nociones de perfeccion que categoriza, y con ayuda de las cuales se eleva á la idea de la perfeccion infinita, sino del seno paternal que le dió vida? Sí, del mismo modo que el alma no puede resultar de las fuerzas inferiores de la naturaleza, el gran pensamiento de Dios no ha podido germinar en los laboratorios de la materia: no es indispensable la revelacion original de Dios para hacernos capaces de producir la fisonomía. Lo que vale tanto como decir que Dios ha debido existir, para que su concepto haya sido posible, ó que si no hubiese creado al hombre, la imaginacion de este jamás habria logrado crearlo.

Por consiguiente, no es extendiendo lo finito como llega el espíritu á pensar lo infinito; lo in-

finito constituye su nocion primera, podriamos decir el rasgo de la semejanza paterna impreso en él. Nunca, por más que haga, será capaz de imaginar á Dios el descendiente de un mono: para ostentar ese sello sobrehumano, es indispensable haber pasado por las manos de un creador divino.

Inútil es, pues, el empeño de los idealistas contemporáneos en hacer de nuestra concepcion una quimera, y una realidad del hombre que la concibe. «¿Por qué razon ha de existir lo imperfecto y no ha de existir lo perfecto? Dirémos en este punto con Bossuet: ¿Consiste precisamente en ser perfecto? ¿Y acaso la perfeccion es un obstáculo al sér? Al contrario, la perfeccion es la razon del sér.»

Esta plenitud, este máximun del sér, los concibe el hombre porque existe su tipo, y por consiguiente constituye un extraño trastorno el decir que dicho tipo existe únicamente en el hombre que lo concibe. ¿Si el Creador no hubiese grabado en mi sér el sello de su infinito, hubiese yo soñado jamás con lo infinito? Y no vaya á hacerse de esta tendencia un privilegio de mi inteligencia: supuesto que el infinito concreto carezca de realidad, la creacion fantástica y abstracta que de él hago, léjos de ser un privilegio,

es indefectiblemente una enfermedad de mi naturaleza. Si, gracias á ello, resulto de peor condiciones que los animales que no sufren tales inquietudes ociosas y no se ven ostigados por el deseo de resolver esos problemas insolubles por lo quiméricos. «El buey, dice Chateaubriand, puede echarse sobre un lecho de verdura, levantar al cielo la cabeza, y llamar por medio de sus mujidos al Sér desconocido que llena esta inmensidad; mas, prefiriendo el césped que pisa, jamás se ocupa en preguntar á los soles que brillando en el firmamento, son el testimonio más evidente de la existencia de Dios. Los animales no se ven asaltados por esas esperanzas que amedrentan el corazón del hombre, puesto que alcanzan sobre la tierra su felicidad suprema: un puñado de hierba basta al cordero, un poco de sangre satisface al tigre: la única criatura que no satisfaciéndose á sí misma, busca fuera de ella su complemento, es el hombre (1).» Bellísimas premisas de esta conclusion: si lo que el hombre busca fuera de él no existe, el hombre resulta juguete de una ilusion perenne, y se investiga en él una anomalía, mas

1800, 1800

1 Ciento del Cristianismo t. 1. pág. 206.

no una grandeza. Mas, toda vez que semejante necesidad es en él una inclinacion de nacimiento, es preciso averiguar de qué procede. Una causa finita no puede engendrar el mal de lo infinito; por consiguiente, el hombre tiende á Dios, porque de Dios procede, y sólo forma á Dios por su pensamiento, porque Dios le ha formado á él con sus manos. *¡Manus tuas fecerunt me et plasmaverunt me (1)!*

Si considerado el hombre bajo el punto de vista moral, solo ha podido resultar de una accion creadora, fisicamente considerado, no podría ser de otra manera explicada su aparicion sobre la tierra. Mucho se ha discutido, y se discute aún en la cuestion relativa al tiempo de que data su existencia. Es un hecho que no ha existido siempre, y por consiguiente, es natural preguntar. *¿De qué manera ha venido?* Dicen unos que en virtud de generacion espontánea: mas adelante veremos el valor que merece semejante opinion. Digamos, entre tanto, que dicho procedimiento nada más habria dado de sí que seres niños, con todas las debilidades é imperfecciones é impotencias propias de la prime-

1800, 1800

1 Feb. 10 6.

ra edad. Ahora bien: el hombre, ó más bien el misero infante de un solo día, ¿habría podido vivir sin una madre que le amamantara, le cuidara y le protegiera? De seguro no es este el modo en que el género humano ha podido comenzar y perpetuarse. Otros han dicho: No ha sido en virtud de generacion espontánea sino en fuerza de una transformacion lenta de las especies como nuestra familia ha resultado de las otras y se ha constituido sobre todas las demás. Pero esto, como en su lugar y caso demostraremos, constituye una imaginacion que nada justifica. Todos los hechos hasta el día comprobados, demuestran que las especies no han experimentado cambio alguno notable y duradero. Dentro de una misma especie, las razas pueden variar ó modificarse la una por medio de la otra; pero las especies son inmutables, y de los ensayos practicados para transformarlas artificialmente por medio de cruzamientos entre las especies afines, solo se han obtenido serés híbridos, es decir, marcados con el sello de la esterilidad. ¿rueba elocuente de que solo Dios creó las especies puesto que el hombre no puede imponerles transmutacion alguna esencial.

Y ese testimonio indirecto prestado á la creacion del hombre es irrefutable, porque si el

hombre no la comprende, ménos comprende el que no se haya realizado, y si no puede probarla, ménos posible le es admitirla. Ahora bien, nada más cierto que lo que es necesario: lo inevitable no ha menester demostracion.

II.

Pero si el dogma de la creacion es la única idea verdadera y completamente explicativa del hombre, es igualmente lo único que da razon del origen y de la constitucion del mundo. De manera que la creacion es un misterio inicial que difunde la luz sobre todos los demás, y cuando se compara la ciencia del mundo segun la fé, con la ciencia del mundo segun el naturalismo, queda el ánimo sorprendido ante el espectáculo de las tinieblas que se desvanecen ante la elocuencia de estas palabras: Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas. *Dixit et facta sunt.*

Para convencerse de ello, considérese cuanto es indispensable creer, cuando se cree en el Génesis segun el ateísmo. En el principio existia el átomo desprovisto de toda cualidad química;

después del período atómico, durante el cual reina la mecánica pura, aparecen las fuerzas químicas contenidas en potencia en la materia y puestas en acción en virtud del medio que les es propio, lo cual constituye el período químico. Todavía no existen planetas ni astros, nos hallamos en plena época molecular: bajo el imperio de las fuerzas inmanentes, y acumulándose siglos sobre siglos, agregase la materia, y produce soles que deben servir de centro á los mundos esparcidos en el espacio: tenemos entonces el período solar al cual sucede el período planetario. Durante este, la tierra, átomo pequeño, desprendido de la gran masa central, como dice M. Renan, comienza á evolucionar en la órbita que habitamos. Llega más tarde un momento en que el sol hiriéndola con sus rayos suscita en ella la vida: la era biológica comienza, y . . . ya sabéis todo lo demás. Después de lo que acabamos de exponer no nos vengais diciendo que ignorais el cómo y el cuándo de la existencia del mundo, por que la ciencia acaba de referiroslo con tales datos, que es como si lo hubiéseis presenciado todo (1).

1 Porvenir de las ciencias naturales, por Renan plagiario de Buchner, Darwin y sir Carlos Lyell.

Convengamos en que se necesita una buena dosis de circunspección para guardar ciertos respetos á tales invenciones; mas revistámonos de toda la que es menester para tratar en serio errores que no lo son. ¡Qué cosmogonía y cuántos misterios aceptados para eludir uno solo! En primer lugar: ¿Han tenido comienzo la fuerza y la masa? «Preciso es suponerlo, dice el propio autor, siquiera sea imposible aceptarlo» primer misterio. ¿Cuyo es el origen del átomo, principio él mismo de todo lo demás? segundo misterio. ¿Cuál fué el origen del movimiento que impulsó la universalidad de las cosas desde la era mecánica del período químico? tercer misterio. Y posteriormente ¿de qué manera se las han compuesto en su enlace fortuito los átomos engarabitados para formar esta armonía sin razón, y este concierto sin fin que se llama mundo? ¿No es esto un golpe del azar mil veces más sorprendente, según la comparación clásica, de lo que lo sería la composición de la *Eneida* merced á un conjunto de letras lanzadas de cualquier modo sobre el plato de una prensa de imprimir? cuarto misterio. Y suponiendo ya arreglada la materia, ¿cómo se dispuso esa cadencia universal, dentro de la cual se realizan todos los movimientos del universo? quinto mis-

terio. Y finalmente ¿de qué manera lograron los rayos solares hacer brotar la vida del seno de la tierra, enlazándola con sus abrazos de fuego? Ya lo veis; siempre nuevos misterios: y todo para escapar al único misterio de la creación *ex nihilo*. En verdad que es indispensable dar crédito á muchas cosas para disfrutar la ventaja de ser incrédulo.

¿Habria nadie imaginado que tras luengos años de investigaciones, hubiese venido á parar la ciencia en ese delirio de su infancia, es decir á la teoría del atomismo? Es decir que entre millares de probabilidades, de que las cosas fuesen lo que son, habia una sola.... y resultado de ella ha sido el mundo. Y pásele si esta improbabilidad de hecho no tuviese en contra suya todas las imposibilidades de principio; mas lo cierto es que el mundo sin Dios es un dógma cruel. En cuánto ha seducido la razon, la tiranía por medio de irracionales antinómias.

O el mundo no existe por sí mismo, ó ha sido hecho de la substancia de Dios, ó procede de la nada. Las dos primeras proposiciones son inadmisibles por consiguiente solo la tercera es cierta.

¿Es posible que el mundo exista por sí mismo? No, porque todo lo que exista por sí mismo, posee el sér en grado más alto que se pueda ima-

ginar y por consiguiente es inmutable, indivisible, inmenso, absoluto é infinitamente perfecto. ¿Y son estos los caracteres que pueden asignarse al mundo? La evidencia prueba lo contrario, y por lo mismo mi razon va á buscar fuera del mundo á aquel que con la plenitud del sér, tiene todas las ventajas de la existencia por sí mismo; y abrazando á este autor, á ese padre del mundo, encuentra en esta fé, mil soluciones para una obscuridad, satisfacciones inmensas para el espíritu en cambio de algunos sacrificios, y en una palabra, la calma de la verdad, en lugar de las calenturientas inquietudes del sistema.

Descartada la primera suposicion, pasemos á la segunda. ¿Ha sido hecho el mundo de la substancia de Dios? ¿El mundo Dios no es una verdad? Tal es el expediente de que echa mano el panteismo para escapar á la objecion clásica, nada puede nacer de nada, *ex nihilo, nihil fit*. ¿Mas es imposible que puedan hacerse eternas las disputas relativas á tales errores? ¿Hemos pretendido jamás que la nada puede convertirse en sér y servir por consiguiente de materia prima á la creación? En manera alguna. Nosotros sabemos que la nada multiplicada por la nada siempre dará por resultado nada, del mismo modo que el cero multiplicado por cero nos dará

siempre cero. ¿Mas resultará lo propio en el caso de que siendo la nada lo que se trabaja, no es la que trabaja la nada; de que siendo cero el multiplicando no sea cero el multiplicador? A multiplicando de ese cero que nada expresa por la izquierda de ese cero que nada expresa por sí mismo, coloquemos una cifra, y el cero se encontrará repentinamente elevado al valor de ese número. Pues de la propia suerte al lado de esa nada, que es el vacío del sér, coloquemos la omnipotencia infinita, que representa la mayor suma posible del sér, y la una fecundando á la otra, sin tomar de ella cosa alguna, veráse surgir el mundo. Operacion divina siempre, indudablemente incomprendible, pero incomparablemente más admisible que los sistemas opuestos.

Hacer pues que lo que no era sea, que lo que no existia empiece á existir, con tal que medie una causa adecuada al efecto producido, es la naturaleza y la necesidad de toda creacion de las vuestras como de la de Dios. Sois un pensador profundo: de repente hiere vuestro espíritu un rayo que procede de lo alto, surge ante vuestros ojos un mundo de ideas, y lanzais sobre la tierra uno de esos secretos que la hacen estremecer de sorpresa, y la obligan á exclamar. Creacion: vos tambien, tambien vos habeis hecho algo de nada. Sois un orador, y bajo el imperio

de una grande emocion, vuestras fibras se estremecen, vuestros nervios se ponen tirantes, vuestra voz truena, vuestra palabra hiere como un dardo de fuego, y deja en la historia una especie de ondulation eléctrica que se prolonga hasta los más lejanos límites del tiempo: tambien habeis hecho algo de nada. Por último sois un artista eminente: de improviso os sentís asaltado por el Dios de la inspiracion, y se escapa de vuestro pecho la *Plegaria del Moisés*, ó brota vuestros pinceles la *Virgen de la silla*, ó como Vénus de la espuma del mar, sale á vuestro impulso de un fragmento de mármol blanco el acabado grupo de *Antinoo*: tambien vos habeis hecho algo de nada. Entónces ¿con qué derecho pretendéis negar á Dios un poder que vosotros disfrutais gracias á su liberalidad? Y sobre todo no trateis de eludir las consecuencias, alegando que en vosotros es la inteligencia quien ha creado el sistema; el alma la que ha promovido el movimiento oratorio; la inspiracion la que ha arrancado al géneo expresiones supremas; imaginad en Dios todos esos dones, elevados á la potencia infinita, y despues sorprendeos de que haya llevado á cabo la creacion *ex nihilo* antes de vosotros y como vosotros!

Y para evitar esta dificultad, á ¡qué excesos

no se lanza la razon del panteísta! ¿Qué son las sombras del mundo creado por Dios, en comparacion de las monstruosidades del mundo Dios? Oigamos el repugnante simbolo del *spinosismo* en presencia de la creacion.

El ateísmo decía: nada es Dios; el panteísmo dice: todo es Dios, lo que viene á ser lo mismo. Aquí no se trata del Jehová de la Biblia mandando á la nada, sino de un Dios naturaleza, de un Dios fuerza, de un infinito impersonal que se vá desenvolviendo al través del tiempo y del espacio, pasando del estado fluido al sólido, mineral hoy, vegetal mañana, más tarde animal, hasta que llega el momento de convertirse en hombre, punto culminante de su crecimiento, en el cual comienza á tener conocimiento de su propio ser. De manera que el panteísmo solo evita el misterio de la creacion *ex nihilo* lanzándose á toda vela en los abismos del absurdo.

Si, semejante dógma es ya absurdo desde su punto de partida; porque este infinito que aumenta hasta alcanzar límites que no pueden determinarse, por insignificantes que se le suponga en su origen, tuvo uno, ¿quién fué el autor? Si es otro que él, no es infinito; y si es él mismo ¿cómo lo ha hecho para proporcionarse existencia antes de existir?

Absurdo en sus principios, porque, según Spinoza, el Sér infinito tiene dos atributos más grandes, que su poder pone en actitud para formar el universo: el pensamiento y la extension. ¿Y qué es la extension? Lo que es mensurable y divisible: por consiguiente, decir que la substancia divina es extensa, es enseñar que no es infinita, puesto que consta de dimensiones: al paso que destruir lo infinito de Dios, es lo mismo que anonadar su existencia, porque la una es idéntica á la otra. Hé ahí por qué los discípulos del gran todo no lo definen como persona, sino como cosa pensante, *res cogitans* (1). Mero matiz del ateísmo, disimulado por el miraje de las palabras. Por lo demás, los que prohibís la metafísica á la fé, no concedáis tanta amplitud á la metafísica contra la fé. ¿Por qué es susceptible vuestro Dios mundo, no solo de division, sino tambien de crecimiento? Y se puede crecer, ¿cómo es Dios? y si es Dios, ¿qué necesidad tiene de crecer?

Absurdo, en fin, en sus consecuencias. La verdadera fórmula del panteísmo es la union necesaria de lo finito con lo infinito, ó sea la unidad

de substancia, lo que equivale á sostener que una misma cosa puede tener, al par, caracteres contradictorios y cualidades que se excluyen; por consiguiente, ser y no ser una misma cosa, ser materia y espíritu, cuerpo y alma, hombre y ángel; río y montaña, movimiento y quietismo visible é invisible, perfecto é imperfecto, relativo y absoluto, limitado é inmenso; variable y eterno; en fin, reunir el yo y el no, y hasta la verdad y el error en los abrazos de una consubstancialidad universal. Dígasenos ahora, y al preguntarlo nos dirigimos al simple sentido común: ¿No es más fácil adorar un Dios creador que semejante creación del humano pensamiento?

Después de los ateos que arrojan á Dios del mundo, y de los panteístas que la indentifican con él, cúmplesos ocuparnos de los deístas que creen en «la coeternidad de un universo que constantemente cambia, y de un Dios siempre inmutable (1).» Mas ¿en qué consiste ese paralelismo entre dos existencias y dos eternidades, avanzando al par, y una al lado de otra, estando de una parte la existencia y la eternidad del

1859, N.º 12

1 Spinoza

mundo, y de otra la existencia y la eternidad de Dios? Es el dualismo maniqueo, la escisión de los atributos divinos; en otros términos, la divinización del mundo y la caducidad de Dios. «Suprimir á Dios ó redoblarlo, que es lo mismo también que suprimirlo, tal es la consecuencia fatal del sistema que admite un mundo coeterno con Dios.»

«Toda substancia es causa, dice esta filosofía: es así que Dios es substancia, luego no puede dejar de ser causa. Nosotros no podemos concebir en manera alguna un Dios sin mundo, ni un mundo sin Dios.» Si no comprendo mal, esto quiere decir que el acto de Dios creador no es libre; por consiguiente, que siendo el mundo necesario en su origen, como en su vida, no constituye más que un desenvolvimiento inevitable del sér divino, y un apéndice de Dios. Por consiguiente, entre los dos términos tenéis necesidad de buscar una salida, pues, de lo contrario, no podéis escapar á las estrechas conclusiones del siguiente dilema: ó una creación libre, y entónces es el mundo saliendo de la nada según el dógma cristiano; ó una creación necesaria, y entónces es la substancia del mundo procediendo de la substancia de Dios, lo que constituya esencialmente el panteísmo. ¡Tan

cierto es que en todo esto nada más hay verdad: realmente científico que el testimonio de la Biblia!

No hay, sin embargo, para qué disimular las objeciones de la parte adversa, cosa que es tanto ménos necesaria á la causa, en cuanto le aprovechan despues de haberla obscurecido un instante.

La primera pertenece al órden metafísico y se formula en los siguientes términos: Antes de la creacion Dios estaba solo, y en vez de dos substancias solamente existia una. Sin embargo, dos substancias hacen una suma de sér, más considerable que una sola substancia. La creacion añade, pues, algo al sér de Dios: ¿como debemos hacerlo para poner de acuerdo con él este acrecentamiento con lo infinito que no lo consiente?

Hé ahí, ciertamente, un formidable ataque del panteísmo ontológico. Mas si el argumento está debidamente establecido, carece de sólidez, por lo mismo que solo desocansa sobre ignorancias y errores.

Desde luego, y aún cuando realmente fuese cierto que no sepa armonizar la existencia de Dios con la creacion del universo, basta que la una y la otra estén aisladamente bien estableci-

das, para que no las perjudique la dificultad de su conciliacion. Este es el caso de repetir con San Agustin: No hay necesidad de negar, en una misma cuestion, lo que secomprende perfectamente, porque ofrezca algunos puntos oscuros que no se comprenden. *Non ideo negandum est quod opertum est, quia comprehendi non potest quod obscurum est.* Esto es cierto, especialmente cuando el espíritu se vé obligado á echarse en lo inaceptable para escapar á lo incomprendible.

Mas, ¿será cierto que la substancia del ser creado, uniéndose á la substancia del sér creador, constituya un engrandecimiento del sér, y un acrecentamiento de lo infinito? Esto no es más que una grosera concepcion de las cosas. Colocar en forma de adiccion lo finito sobre lo infinito, tirar raya, y totalizar ambos valores, es una operacion absurda: lo finito y lo infinito, lo creado y lo increado no son cantidades homogéneas, y por consiguiente entre ambos factores no puede existir relacion alguna de cantidad: además, lo finito recibiendo de lo infinito cuánto tiene y cuánto es, no podría acrecerlo ni aumentarlo en lo más mínimo.

La montaña, más su sombra: esto no hace dos montañas, no forma siquiera dos séres; la som-

bra adicionada ó suprimida nada añade ni quita á la masa (1). Lo propio acontece con el mundo respecto de Dios. Cierto que si fuese de la misma substancia que Dios, sería una extensión de él; mas, como es de diferente substancia, no puede aumentarlo, del mismo modo que un alma imponderable é inmaterial, nada puede añadir al peso ni al volúmen del cuerpo que habita.

Todas esas obscuridades provienen exclusivamente de confusión. El mundo en se halla contenido en Dios como una cantidad en otra cantidad, sino virtualmente, eminentemente, es decir, de la manera que el efecto subsiste en su causa, á veces de una manera superior á él mismo. Por consiguiente, siendo infinita la potencia creadora, el sér de toda criatura se encuentra en esta causa de una manera infinita, y cuando esta causa pone en la criatura la realidad del sér, no puede aumentar ni disminuir la suma de este. Lo que acontece entónces es que hay un número mayor de sér, *plura entia, sed non plus entis*. El sér infinito puede compararse á la antorcha en la cual se encienden las an-

1 El Rdo. Guliel.

torchas á millares sin que la primera experimente el cambio más insignificante.

Ejemplos más tangibles. Imagináos ser César ó Napoleon I, es decir, la personificación del poder más absoluto. Un día se os antoja distribuir esta autoridad entre una vasta jerarquía de representantes: ¿puede decirse, en vista de las creaciones resultantes de esa distribución de la suprema autoridad, que haya aumentado ó disminuido la autoridad en el mundo? Suponed que os llamas Miguel Angel, Ratael ó Leonardo de Vinci, y que llenais los museos del universo de obras maestras imperecederas; ¿hay quién sea capaz de sostener al contemplar las maravillas producidas por vuestro génio, que haya aumentado ó disminuido la suma del génio en vos ó en la humanidad? Finalmente, supongo que sois un Demóstenes ó un O'Connell, acostumbrado á infiltrar vuestra alma por medio de la palabra en el alma de los pueblos, cuando habeis logrado comunicar vuestra inspiración á un siglo entero, ¿habrá quién ose sostener que se ha experimentado un cambio en más ó en ménos en las facultades oratorias de la tierra?

Por consiguiente, cuando San Pablo asegura que teneis en Dios la vida y el movimiento, no

insinuar en manera alguna que acrezcamos el sér divino habitando en él, sino que enseña sencillamente que estamos de él penetrados. ¿Aumentan por ventura la masa atmosférica, las aves que cruzan el espacio, ni la masa líquida, los peces que hienden los mares? Y además, ¿qué son las creaciones de Dios relativamente á Dios? Para tener de ello una idea, compárase lo que es respecto de lo infinito el espacio indefinido. Para el observador, colocado en la luna, por ejemplo, la cima del Monte Blanco no ofrecería más relieve que el de una cabeza de alfiler sobre la superficie de la tierra, los globos un millon de veces más grandes que la tierra, solo nos parecen como puntos luminosos en la region éτέρα; otros, infinitamente mayores, no los llegamos á distinguir, porque su luz se pierde en el camino, finalmente, si pudiésemos comparar el espacio á una persona, podríamos decir que los mundos que lleva en sus inmensurables pliegues, son á él lo que á nosotros los impalpables átomos de polvo adheridos á nuestros trajes.

Imagíñese ahora toda esta region de lo indefinido perdiéndose en lo infinito, como la gota del agua en la mar y si el mar no crece ni aun por el desbordamiento de los rios, ¿no sería locura

insigne presumir que el Oceano inmensurable del sér, pueda aumentar por la union de algunas moléculas más ó ménos? El sol emite hace más de seis mil años sus rayos luminosos sin disminucion sensible de su foco; apesar de esto no han faltado físicos que presuman que en el transcurso de los siglos el sol se apagará por consuncion; mas el sér infinito, brilla desde la eternidad sin agotarse, del propio modo que abarca lo infinito sin engrandecer, porque todas sus obras son en él como si no fueran.

Después de los metafísicos, los naturalistas han intentado substituir á las dificultades del dógma de la creacion, las claridades de la hipótesis que formularan ya los griegos: la inmortalidad de la materia. Véase el giro desconocido que dan á un antiguo argumento. «La continuada metamórfosis de los séres, el nacimiento y la muerte de las formas orgánicas ó inorgánicas no son el producto de una materia, que ántes no existiese; este cambio no es más que la transformacion continua de las mismas materias primitivas cuya masa y calidad son sempres y perennequeme las mismas, por consiguiente, es imposible crear lo que no puede ser aronadado. La materia es y será eternamente, porque la

única modificación que puede experimentar se reduce á un cambio de forma (1)."

¡Cuantos errores, qué de falsos raciocinios en apoyo del poético arranque de Shakespaere. "El altivo Cesar, muerto y en polvo convertido, tapa ahora tal vez una rendija que daba paso al viento." En realidad no necesitábamos á los sabios de Alemania para saber que el torbellino vital realiza en nosotros rápidas metamorfosis; que de un mes á otro somos seres materialmente nuevos, y que nuestros átomos, áun cambiando de sitio y dejándonos de pertenecer, resultan indestructibles: ni negaríamos tampoco que todas las materias primitivas datan del principio de la cosas, sin que, posteriormente, haya sido creada ni destruida una sola molécula. La filosofía que enseña el descubrimiento progresivo del mundo en general, la ciencia que enseña el crecimiento de los mundos en particular, bajo la acción de sus diversos medios, vienen en último resultado á decirnos, que durante millares de años de rotacion en el interior de un espacio sembrado de átomos, la tierra no se ha aumentado en uno solo.

Mas sea lo que quiera de esas premisas que influyen muy poco para la conclusion, euidemos especialmente de poner la conclusion á cubierto de los errores de nuestra razon. Vosotros decís: el mundo no puede ser destruido; luego no pudo ser creado. ¡Ah, qué le responderiais al que os dijese: El mundo no puede ser anonadado por el hombre, luego el que conserva el mundo es un poder supe ior al del hombre: un mundo destructible probaria que más fuerte que su autor; un mundo indestructible prueba que lo soy ménos: tales son los limites extremos á que puede alcanzar vuestra lógica: en cuanto se empeña en adelantar un paso mas se desvanece. Y cuando sosteneis que la materia es eterna porque careceis de fuerzas para anonadarla, decís pura y simplemente que Dios no ha hecho el mundo, porque no permite que lo destruyais.

Repitémoslo, sin embargo, el tránsito de lo posible al ser es un misterio y siempre podrá aplicarse al mundo como al Verbo divino la palabra santa: *Generationem ejus qui enarrabit?* Mas dicho misterio á la manera de ciertos astros cuyo núcleo es opaco, siendo luminosa la envoltura que lo rodea, es obscuro interiormente claro por demás. Sí, el acto creador es un *fluo luz* cuyos rayos inundan toda la creacion

suprimido con el pensamiento, y veréis el espíritu abismarse en el caos. De manera que nosotros podríamos decirles á nuestros adversarios: vosotros rechazais nuestra explicacion; veamos la vuestra: colocaos en nuestro lugar, nosotros atacaremos, defendeos vosotros. Decís que la solucion cristiana carece de la evidencia necesaria; sepamos si la vuestra tiene motivos para reivindicar el apoyo del sentido comun.

Acabamos de nombrar al sentido comun, que suele ser el juez más abonado para la resolucion de semejantes cuestiones. Jamás fué sometida á la prueba de dicho tribunal la accion de un Dios creador. Contemplad el firmamento en una noche estrellada, y al sumergiros en sus profundidades, al coudesar sus distancias, al enumerar esos astros, al estudiar esas leyes, al contemplar esa armonía, al ver, en una palabra, esa imagen espléndida de lo infinito, estoy seguro que, sin quererlo, sin daros de ello cuenta, os elevaréis de la imagen á la realidad. Siempre representará mejor á la razon humana, el conjunto del humano linaje que el sábio aislado; porque la razon no se compone únicamente de inteligencia, sino tambien de intuiciones de sentimiento, que á veces desaparecen del corazon del sábio. Ahora bien, el género humano jamás

ha dudado en presencia de la bóveda de los cielos. Háse dicho que estos cuentan la gloria de Laplace; la negacion de Laplace jamás tendrá éo, más allá de determinados conciliábulos académicos, en tanto que de la tierra al sol, del sol á las nebulosas, la gloria de Dios creador será siempre escrita en caracteres de fuego, y cantada eternamente por la armonía de las esferas.

¡Lamentable inconsecuencia! En cuanto la ciencia moderna descubre en una capa geológica utensilios que supone labrados por la mano del hombre, les considera como huella y vestigio que revela el paso del hombre; y en cambio cuando encuentra en el universo las señales evidentes de la inteligencia, del amor, y del poder de Dios, se empeña en no reconocer en ellas el sello de Dios. «Y sin embargo la lógica más sencilla debería conducirnos á un extremo diametralmente opuesto. Si una persona halla al paso un anillo, ó una pieza de metal de forma circular, examinando el hallazgo diráse tal vez: es posible que la casualidad haya dado esta forma á ese pedazo de metal; mas si alcanzándolo observo que de aquel anillo pende otro elaborado de la propia suerte, y del segundo un tercero, y despues un cuarto y otro y otro, inmediatamente desechará su primera opinion y solo ve-

rá en aquella cadena formada por varios eslabones el indubitable vestigio de la industria humana (1).¹¹ Cuando se contempla determinadamente el mundo, sorprende la muchedumbre de eslabones que, enlazados los unos á los otros, aparecen en esa obra inmensa: y cuando se sigue la no interrumpida serie de los eslabones, remontando hasta el primero, la creacion aparece suspendida de esa cadena misteriosa que sostiene potente la mano de un Dios creador.

III.

La creacion *ex nihilo* es pues la explicacion más plausible del hombre y del mundo; pero además es la única interpretacion moral del origen de las cosas, es decir la única base lógica de las creencias y del deber.

O el mundo existe por sí mismo, ó ha sido sacado de la substancia de Dios. Es la única dis-

¹ Car. Wiesmann, Discursos y conferencias.

yuntiva posible á los ojos de aquellos que no admiten un comienzo de las cosas por acto de la omnipotencia divina. Ahora bien, ya hemos visto que los dos términos de la disyuntiva explican el ateísmo, y por consiguiente la única moral que consiente un dogma tan esencialmente inmoral, como el que consiste en el anodamiento del deber bajo tres nociones más genéricas: fé esperanza y amor.

Si el mundo no ha tenido Padre, el hombre existe por sí como el mundo; es para él su fin y su Dios, y toda adoracion que no sea la del yo es una verdadera aberracion. Dado este precedente, admitida semejante hipótesis, las creencias y los cultos deben desaparecer. En adelante la única religion permitida será el estudio de las religiones, y puesto que, segun sea la concepcion que del mundo se tiene, los *espíritus se regulan y se forman las costumbres*, procuren orientarse los espíritus respecto del axioma de la materia eterna, y sean las costumbres lo que puedan ser. Los pensadores de otros alcances imaginan que lo mismo da creer en un mundo que ha sido hecho, que en un mundo que se ha hecho! ¡Cuestiones insignificantes en realidad, puesto que solo se trata de saber si hay un Dios fuera del mundo! Desde el momento en

que el hombre es un Dios en miniatura, sus deseos son legítimos, sus pasiones son santas y el deber no es más que un atentado contra su libertad. Y en cambio, si la humanidad es un producto de la materia elaborada por las fuerzas físico químicas, una *especie animal que, hace cierto número de siglos, tomó sobre lo demás una superioridad decisiva*, mientras llega el momento de que otros la tomen respecto de ella, ¿á qué se reduce, qué viene á ser la moral? Una tiranía más estúpida todavía que cruel. ¿Y el deber? Un fantasma inventado por la cobardía. ¿Y la conciencia? Un pesadilla creada por la superstición. En una palabra, el más inteligente de los animales no es más que un ente alucinado, y una vez suprimidos Dios y el alma, es decir, el objeto y el sujeto de la fé moralizadora, lo propio acontece con la moralidad.

Bajo la noción de esperanza el deber se une tambien esencialmente al dógma de la creacion. Si Dios no existe en el principio de las cosas, tampoco puede existir al fin, y la perspectiva de este porvenir sin justicia, solo provoca en el corazon del hombre la corrupcion y la desesperacion. La corrupcion, en cuanto la esperanza no está exclusivamente destinada á mecer el corazon sino tambien á sanarlo, ¡Cuántas virtu-

des nacieron, y cuántos vicios han quedado vencidos por la influencia de ese sentimiento moralizador: creo en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable! La desesperacion, porque si Dios no ha creado el mundo, no ha de saber gobernarlo, y nada hay más espantoso para el hombre que el ver su inteligencia presa de un destino ciego; su libertad, víctima de energías fatales; y su pequeñez sometida á un gran todo implacable y cruel, que nos hace verter lágrimas en abundancia, sin ofrecernos la recompensa más insignificante.

En cambio, desde el momento en que la creencia en un Dios creador reemplaza á la de la divinidad de la naturaleza, la esperanza brilla sobre nuestro horizonte, y los desterrados en este valle de lágrimas, hallan un manantial de consuelos y de virtudes repitiendo con el espiritualismo contemporáneo:

«Esperanza divina que haces latir mi corazon en medio de las incertidumbres del entendimiento! ¡Abismo cubierto de tantas nubes, mezcladas con un poco de luz!... Despues de todo, existe una verdad más esplendorosa á mis ojos que todos los resplandores y todas las luces: más cierta que las matemáticas, y es la existencia de la providencia divina. Sí, hay un

Dios, un Dios que es una verdadera inteligencia, que por siguiente, tiene conciencia de sí mismo, que todo lo ha hecho; que todo lo ha ordenado con peso y medida, y cuyas obras son excelentes, cuyos fines son adorables, no obstante ser impenetrables á mis débiles miradas. El hombre no es ya un huérfano en el mundo, puesto que tiene un padre en el cielo. ¿Que hará ese padre de su hijo cuando vuelva? Nada que no sea bueno. Sea lo que quiera lo que acontezca, todo irá bien. Cuanto ha hecho está bien hecho. Cuanto debe hacer y haga, desde luego lo acepto: Yo lo bendigo. Si, tal es mi fé inquebrantable, y esta fé es mi apoyo, mi asilo, mi consolacion, mi dulzura en este momento formidable (1).

Finalmente, tambien depende del dógma fundamental que estudiamos, el amor que reina entre los hombres. Cuando estos proceden de Dios, es decir, de un mismo seno paternal, no experimentan dificultad alguna en reconocerse hermanos; pero si resultan en línea recta de las mandadas ó infusorios suscitados por los rayos del sol en las cuatro partes del mundo, los herma-

(1) Cousin, hablando de Santa Rosa;

nos quedan reducidos á meros semejantes, el vínculo de la familia es reemplazado entre ellas por el de la conformacion, y es indispensable crear una simpatía artificial que substituya á las simpatías real amenazada de extincion.

Nada puede dar una idea del error que se extendería sobre el mundo el dia en que, averiguado que no era obra de Dios, se convencerian los hombres de que se hallan en él casualmente, siendo dueños de vivir como buenos amigos, si así les convenía mutuamente, ó de deshacerse los unos de los otros, si se estorbaban. Háblase con un sentimiento de terror del infortunio de ciertos globos que privados de un foco de calor suficientemente enérgico, hánse convertido en glaciares. La supresion del dógma de la creacion produciría uno esos enfriamientos incomprendibles en nuestra civilizaciór, y trocaría la tierra en un verdadero páramo moral. La caridad disminuye entre los hombres cuando no se aman en Jesucristo: pero se extingue completamente cuando no se aman siquiera en Adán. Por esto en cuanto han renegado este santo parentesco, que constituye su primer vínculo de union, la temperatura de sus corazones ha descendido hasta el nivel inconcebible; la poesía ha muerto, el entusiasmo se ha ridiculizado; las al-

mas se secan á impulsos de un viento mortífero, y el hombre recorre la tierra sin salir de su yo, pues conociendo todos los pueblos, solo se aman á sí mismo.

Por consiguiente, el deber respecto de Dios, respecto de nosotros mismos, y respecto de la humanidad, está subordinado al dógma de la creacion. Poco importa que sea un misterio. Son tantos los misterios que iluminados por este, le devuelven la luz que reciben, que se suscriben á sus sombras más fácilmente que á la negacion opuesta. Por lo que á mí toca, despues de haber explorado los sistemas, y recorrido con el pensamiento el espacio comprendido entre la tierra y los más elevados cielos, preguntando á todos los mundos: ¿de dónde venís, á do vais? experimento el alivio de un hombre que despierta de una horrible pesadilla, pudiendo descansar mi alma en esta mi profesion de fé: Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

«Dios infinitamente bueno, tal es la obra de vuestra sabiduría. Os haceis sentir en mí, ya que no podéis haceros comprender perfectamente. Vos queréis que mi corazon concluya el himno que mi inteligencia debió comenzar. Se-

guro estoy de que procede de vos, siquiera ignore la manera y la seguridad de que si mi creacion es vuestro secreto, tambien es obra vuestra (1) »

1 El Rdo. Gaiel.